

vida, y no os dejaré sino cuando hayáis llegado á la felicidad. Luego os miraré y seré feliz al contemplaros. Pero es indispensable que tengáis en mí confianza ciega; yo tengo mis modos de proceder, extraños, bruscos, que os asustarán tal vez, Colomba. Yo soy algo así como los disparos de artillería: voy derecho á mi objeto sin cuidarme de lo que encuentro en el camino. Miro más á la pureza de mis intenciones que á la moralidad de mis medios. Cuando quiero modelar una estatua hermosa, no me preocupo de que el barro me manche los dedos. Terminada la estatua me lavo las manos y todo se acabó. Que vuestra alma tímida y delicada, señorita, me deje la responsabilidad de mis actos ante Dios. El y yo nos comprendemos. Voy á luchar con enemigos formidables: el conde es avaro; el preboste, ambicioso; la duquesa astuta. Los tres son muy poderosos. Vos estáis en su poder y entre sus manos. Dos de ellos tienen derechos sobre vos. Es necesario emplear la astucia y la violencia; pero yo haré de modo que vos y Ascanio quedéis fuera del alcance de una lucha indigna de vosotros. Decidme, Colomba, ¿estáis dispuesta á obedecerme á ojos cerrados? Cuando yo os diga: «Haced esto», ¿lo haréis? «Quedaos ahí», ¿os quedaréis? «Id», ¿iréis?

—¿Qué dice Ascanio?—preguntó Colomba.

—Benvenuto es bueno y es grande—contestó el aprendiz—. Nos quiere y nos perdona el daño que le hemos hecho. Obedezcámosle. Te lo aconsejo.

—Disponed, maestro—dijo Colomba—. Os obedeceré como si fuérais enviado por Dios.

—Bien, hija mía. Sólo me queda que pedirós una cosa que os violentará tal vez, pero á la cual es indispensable que os decidáis. Después de eso vuestro papel se limitará á esperar y á dejarnos obrar á los acontecimientos y á mí. Y para que los dos tengáis en mí más fe y no vaciléis en confiaros á un hombre cuya vida tal vez ha sido mancillada, pero cuyo corazón ha permanecido puro, voy á contaros la historia de mi juventud. Todas las historias se parecen, porque en el fondo de todas ellas existe el dolor. Vas á saber, Ascanio, cómo se mezcló á mi existencia mi Beatriz, el ángel de quien te he hablado; vas á saber quién fué, y te asombrarás menos de que me resigné á cederte á Colomba cuando comprendas que con este sacrificio empiezo sólo á pagar al hijo la deuda de lágrimas que contraí con la madre. ¡Tu madre, una santa del cielo, Ascanio! Beatriz quiere decir bienaventurada, pero Estéfana significa coronada.

—Muchas veces me habéis dicho, maestro, que algún día me contaríais toda esa historia.

—Sí—repuso Cellini—; y ha llegado el momento de que la oigas. Esto os inspirará más confianza en mí, Colomba, porque así sabréis las razones que tengo para querer á Ascanio.

Benvenuto cogió las manos de ambos jóvenes, y con su voz grave y armoniosa empezó á contarles lo que sigue, mientras las estrellas brillaban en el cielo de aquella noche tran-

quila, silenciosa y embalsamada por el aroma de las flores.

## XXIII

## ESTÉFANA

—Hace veinte años, yo tenía veinte años, como tú, Ascanio, y trabajaba en el taller de un orfebre de Florencia que se llamaba Rafael del Moro. Era éste un buen obrero y no carecía de buen gusto, pero le agradaba más la holganza que el trabajo, y se dejaba arrastrar á francachelas y diversiones con una facilidad extraordinaria. Por poco dinero que tuviese, tomaba él mismo la iniciativa é incitaba á los obreros de su taller á que le acompañaran en sus correrías. Muy á menudo me quedaba yo solo en la casa para terminar algún trabajo. En aquel tiempo me gustaba cantar como á Scozzone le gusta ahora. Todos los holgazanes de la ciudad acudían á pedir trabajo allí; pues el maestro Rafael tenía fama de ser muy débil de carácter y de que nunca reñía á sus obreros. Procediendo como él, nadie se enriquece, y así, no es de extrañar que siempre estuviere apurado y llegara á ser el más desacreditado de los orfebres florentinos. Es decir, el más desacreditado, no; había otro que lo estaba más que él, y sin embargo, pertenecía á una noble familia de artistas. Pero no era por la irregularidad de los pagos por lo que había caído sobre Gismondo Gaddi el descrédito, sino por su insigne falta de habilidad, y sobre todo por su sórdida avaricia. Como todo lo que se le encargaba le salía mal, llegó el caso de que nadie, á no ser algún extranjero, entrara en su tienda, y Gismondo para poder vivir se dedicó á la usura prestando dinero con intereses enormes, á los hijos de familia que hipotecaban su porvenir. Este género de comercio le fué más provechoso que el otro, puesto que Gaddi exigía siempre sólidas garantías y no realizaba ninguna operación sin asegurar una ganancia considerable. Aparte de esto, como él mismo decía, era muy prudente y muy tolerante; prestaba á todo el mundo, á compatriotas y á extranjeros, á cristianos y á judíos; hubiera sido capaz de prestar dinero á San Pedro por las llaves del Paraíso, y á Satanás por sus posesiones del infierno.

No creo necesario decir que Gaddi prestó á mi pobre maestro Rafael, cuya íntegra probidad no se desmintió ni un momento. Las continuas relaciones de negocios, el mismo descrédito que padecían, y su vecindad, por último, unieron cada día más á los dos orfebres. Moro sentía sincero reconocimiento hacia Gaddi por su inagotable benevolencia; Gaddi estimaba muchísimo á aquel deudor tan honrado. Eran, en una palabra, los mejores amigos del orbe, y Gismondo no hubiera dejado de asistir ni por un imperio á las francachelas á que Rafael solía convidarle.

Este era viudo y tenía una hija de diez y seis años llamada Estéfana. Considerada la muchacha

con ojos de escultor, no podía decirse que fuera hermosa, pero su aspecto prevenía en su favor desde el primer instante; bajo su frente demasiado despejada y demasiado poco tersa, para ser la de una mujer, se veía, por decirlo así, surgir el pensamiento. Sus ojos grandes y de un color negro aterciopelado inspiraban, á aquel á quien dirigían sus miradas, un sentimiento de respeto y de ternura. Una palidez de ámbar velaba todo su rostro, en el cual brillaba con un reflejo pálido como el de la aurora, encantador y triste. Además tenía cabellos negros y abundantes, y manos de reina.

Estéfana estaba habitualmente inclinada como un lirio doblado por el huracán. Asemejaba la estatua de la Melancolía. Al erguirse, cuando se animaban sus hermosos ojos y se dilataban las ventanas de su nariz, y su brazo se extendía dando una orden, estaba tan agradable que se la hubiera tomado por el Arcángel Gabriel. Se parecía á tí, Ascanio, pero tú no tienes ni su debilidad ni su expresión de dolor. Nunca se ha revelado á mis ojos más claramente el alma inmortal que en aquel cuerpo frágil, elegante y flexible. Rafael Moro, que temía á su hija casi tanto como la amaba, decía frecuentemente que no había dejado en la sepultura más que el cuerpo de su mujer, y que Estéfana era su alma.

Yo era entonces un joven aventurero, aturrido. Me gustaba la libertad sobre todas las cosas, desbordaba en mí la savia juvenil y prodigaba mi ardor en vanas disputas y en amores vanos. Sin embargo, trabajaba tanto como me divertía: apasionadamente, y á pesar de mis exabruptos era el mejor obrero de Rafael y el único que ganaba dinero en la casa. Lo que yo hacía bien, lo hacía por instinto y por casualidad. Había estudiado á los grandes maestros antiguos asiduamente. Estuve días enteros contemplando y copiando los bajo relieves y las estatuas de Atenas y de Roma, comentándolas con el lápiz y con el cincel, y la continua admiración de aquellos sublimes artistas antiguos me enseñó la pureza y la exactitud de la forma, pero no hacía más que imitar acertadamente; no creaba. A pesar de todo esto, os repito que era el más hábil y el más laborioso de los discípulos de Moro. Por ello, según supe más tarde, el secreto deseo de mi querido maestro consistía en casarme con su hija.

Pero ¡maldito lo que me acordaba yo de pensar en el matrimonio! Sólo ambicionaba independencia y aire libre. Estaba ausente de la casa días enteros y cuando regresaba iba siempre destrozado por el cansancio, no obstante lo cual en pocas horas de trabajo alcanzaba y dejaba atrás á los demás obreros de Rafael. Me batía por una frase; me enamoraba por una mirada. ¡Valiente marido hubiera hecho yo!

La emoción que sentía al lado de Estéfana no se parecía en nada á las que me inspiraban las mujeres bonitas de «Porta del Prato» ó de «Borgo Pinto». Ella me intimidaba casi. Si alguien me hubiera dicho que la quería de otro modo que como á una hermana mayor, me hubiese echado á

reír. Cuando volvía de alguna de mis escapatorias, no me atrevía á levantar los ojos ante Estéfana. Siempre la encontraba, no sólo severa, sino triste. Cuando, por lo contrario, el cansancio ó mi noble celo por el trabajo me hacía quedarme en casa, buscaba á Estéfana; su dulce mirada y su voz deliciosa, el afecto que sentía hacia ella era algo tan formal y tan sagrado, que yo no acertaba á darme cuenta de ello, pero me sometía á su encantador influjo. A menudo, en medio de mis estruendosas explosiones de alegría, cruzaba por mi imaginación el recuerdo de Estéfana, y mis compañeros me preguntaban por qué me había puesto de repente serio y pensativo. Al desenvainar la espada ó el puñal, pronunciaba su nombre como el de mi santa protectora, y observaba que cada vez que hacía esto libraba del combate sin heridas. Pero ese dulce sentimiento hacía aquella amable criatura, inocente y buena, permanecer en el fondo de mi corazón como en un santuario.

De ella puedo decir que si se manifestaba indiferente y digna con mis perezosos compañeros, estaba llena, para mí, de indulgencia y de bondad. A veces iba al taller á sentarse cerca de su padre, y aunque estaba inclinada sobre su labor, notaba yo que tenía sus miradas fijas en mí, y me sentía orgulloso de esta preferencia aun sin explicármela. Si para adularme groseramente me decía algún obrero que la hija del maestro estaba enamorada de mí, me encolerizaba tanto que no volvía á repetir la broma el que á tal se hubiese atrevido.

Un accidente que sufrió Estéfana, me hizo ver hasta qué punto había echado raíces en mi corazón el afecto que sentía hacia ella. Un día que estaba en el taller la adorable muchacha, no retiró á tiempo una mano que había puesto en una mesa de trabajo, y el obrero que la ocupaba y que estaba ebrio, ó á mí me lo pareció, la hirió con un cincel en los dedos meñique y anular de la mano derecha. La pobre criatura dió un grito, y luego, como disgustada de haber gritado, y para tranquilizarnos, se sonrió, pero dejó ver su mano ensangrentada. Yo creo que hubiera matado al obrero si no hubiera estado preocupado solo con ella.

Gismondo Gaddi, que estaba presente, dijo que conocía á un cirujano que vivía cerca, y fué á buscarle. Aquel torpe medicucho curó á Estéfana y fué cada tres días á verla, pero era tan negligente y descuidado que se produjo la gangrena. Aquel asno declaró doctoralmente que á pesar de sus esfuerzos, Estéfana perdería la mano y tal vez el brazo derecho.

Rafael del Moro estaba ya en una situación tal de miseria, que no podía consultar á otro médico; pero al oír la sentencia del imbécil doctor yo no pude contenerme: subí á mi habitación; vacié la escarcela donde guardaba todos mis ahorros y corrí á casa de Jacobo Rastelli, de Perusa, el cirujano del Papa, el mejor de toda Italia. A mis instancias y en vista de que la cantidad que yo le ofrecía era aceptable, acce-

dió á acompañarme en seguida, diciendo: «Estos enamorados...» Después de examinar la herida dijo que respondía de su curación y que antes de quince días podría utilizar Estéfana el brazo derecho lo mismo que el izquierdo. Yo sentí deseos de abrazar á aquel hombre, que sin tardanza empezó á curar aquellos pobres dedos enfermos, y Estéfana se sintió aliviada en el acto. Algunos días después, sin embargo, fué preciso raspar la caries de los huesos.

Estéfana me suplicó que asistiese á la operación para darle ánimos, aunque á mí me faltaban, pues tenía el corazón en un puño. El doctor Jacobo trabajaba con unos instrumentos enormes que hacían sufrir muchísimo á la muchacha, la cual no podía contener los gemidos. Estas quejas repercutían en mi alma; mis sienes se empaparon en sudor frío y el suplicio fué superior á mis fuerzas: aquellos instrumentos que torturaban los delicados dedos de Estéfana, me hacían sufrir á mí al mismo tiempo indescriptibles torturas. Me levanté suplicando al doctor que suspendiese la operación durante un cuarto de hora, hasta que yo volviera; bajé al taller y, como inspirado por algún genio bueno, construí rápidamente una cuchilla de acero pequeñita y tan bien templada que cortaba como una navaja de afeitar. Corrí á entregársela al médico, que operó con ella tan fácilmente que la querida enferma no sentía casi dolor alguno. La cura quedó terminada en cinco minutos, y quince días después Estéfana me daba á besar aquella manecita que gracias á mí, según dijo, había podido conservar.

Me sería imposible describir las tremendas emociones que yo experimenté viendo sufrir á mi pobre Resignada, como yo la solía llamar. La resignación era, en efecto, la virtud natural de su alma. Estéfana no era feliz; el desorden y la imprevisión de su padre la apenaban; su único consuelo era la religión, y como todos los desgraciados era piadosa. Muy á menudo, cuando yo entraba en alguna iglesia, pues siempre he sido muy amante de Dios, la veía, en algún rincón escondido, llorando y rezando.

En todos los apuros que la incuria del maestro Moro la hacía pasar, y estos apuros eran muy frecuentes, Estéfana acudía á mí con una confianza y una grandeza de alma que me encantaban. Con sencillez propia de los corazones nobles me decía: «Benvenuto, os suplico que veáis esta noche para acabar ese relicario, ó ese aguamanil, porque no tenemos ningún dinero.»

Pronto adquirí la costumbre de someter á su aprobación todos los trabajos que terminaba, y ella me daba su opinión y sus consejos con una superioridad intelectual extraordinaria. La soledad y el dolor habían educado y engrandecido su imaginación, mucho más de lo que yo pudiera decir. Sus palabras, á la vez sencillas y profundas, me hicieron adivinar más de un secreto del arte y abrieron nuevas perspectivas á mi imaginación.

Recuerdo que un día la enseñé el modelo de una medalla que tenía que grabar para un carde-

nal y que representaba por un lado el retrato del purpurado, y por el otro á Jesucristo andando por el mar y tendiendo la mano á San Pedro, con esta inscripción: «Quare dubitasti?» ¿Por qué has dudado?

Estéfana se manifestó satisfecha del retrato, que me había salido muy bien y estaba muy parecido. Luego contempló en silencio un buen rato el otro lado de la medalla y dijo: «—La figura de Nuestro Señor es perfectamente bella y nada se le podría pedir si se tratara de un Apolo ó de un Júpiter; pero Jesús es más que bello; es divino. Este rostro tiene una soberbia pureza de líneas, pero ¿dónde está el alma? Admiro al hombre pero busco al Dios. Pensad, Benvenuto, que no sólo sois artista, sino que sois cristiano. Mi corazón ha sangrado muy á menudo, es decir, mi corazón ha dudado ¡ay! y yo también, libertada de mi abatimiento, he visto á Jesús tenderme la mano y le he oído decir la frase sublime: «¿Por qué has dudado?» ¡Ah, Benvenuto, la imagen que habéis ideado para la medalla no es tan bella como El. En su rostro celestial había al mismo tiempo la tristeza del padre afligido y la clemencia del rey que perdona; su frente irradiaba, pero su boca sonreía; era más que grande: era bueno.

—Esperad, Estéfana—la dije.

Borré lo que había hecho, y en su presencia comencé á trazar de nuevo la figura de Jesucristo.

—¿Es así?—la pregunté cuando la hube terminado.

—¡Oh, sí!—me contestó ella con las lágrimas en los ojos—. Así se me apareció el Salvador cuando yo lloraba. Ahora reconozco su expresión de misericordia y de majestad. Os aconsejo, Benvenuto, que hagáis siempre lo mismo; antes de trabajar fijad vuestra idea; poseéis el instrumento, conquistad la expresión; tenéis la materia, buscad el alma; que vuestros dedos sólo sean los servidores de vuestra inteligencia.

Ved qué admirables consejos me daba aquella niña de diez y seis años con su sublime buen sentido. Al quedarme solo meditaba en lo que ella me había dicho, y siempre reconocía que la razón estaba de su parte. Ella fué, pues, quien educó mi instinto. Poseedor de la forma, procuré hacerme dueño de la idea, y enlazar idea y forma tan estrechamente, que saliesen de mis manos unidas y completas, como salió Minerva, armada de todas armas, del cerebro de Júpiter.

¡Dios mío! ¡Qué encantadora es la juventud y qué poderosos son sus recuerdos! Colomba, Ascenio, esta hermosa noche que pasamos reunidos, trae á mi memoria todas las que pasé sentado junto á Estéfana en el banco de la casa de su padre. Ella miraba al cielo y yo la miraba á ella. Hace veinte años de esto y me parece que fué ayer; extendiendo la mano y me parece que toco la suya; son las vuestras, hijos míos. Lo que hace Dios, siempre está bien hecho.

Solo al verla tan blanca y con su vestido blanco, sentía que la calma invadía mi ánimo. Muchas veces nos separábamos sin haber pronunciado una

sola palabra, y no obstante, yo conservaba, como recuerdo de aquella muda conversación, todo género de pensamientos buenos y hermosos que me hacían mejor y más grande.

Aquello acabó, porque todas las felicidades de este mundo tienen su término.

Rafael del Moro no podía hundirse más de lo que lo estaba en la miseria. Debía á su vecino, Gismondo Gaddi, dos mil ducados, y no sabía cómo pagárselos. Aquella preocupación le desesperaba. Quiso, al menos, salvar á su hija del desastre, y confió á un obrero del taller su designio de dármela por esposa, recomendándole que me lo dijese. Pero éste era uno de aquellos imbéciles á quienes yo había maltratado cuando me habló, como calumniándome, del afecto fraternal de Estéfana. El obrero ni siquiera dejó acabar á Rafael.

—Renunciad á ese proyecto, maestro Moro—le dijo—; la proposición no sería bien acogida. Os lo garantizo.

El orfebre era orgulloso; creyó que yo le despreciaba por su pobreza, y no volvió á decir una palabra del asunto.

Al poco tiempo Gismondo Gaddi fué á reclamar el pago de la deuda, y como Rafael le pedía un nuevo plazo, le dijo:

—Oid, Gismondo: concededme la mano de vuestra hija, que es prudente y económica, y os perdonaré lo que me debéis.

Rafael del Moro se alegró muchísimo. Gaddi tenía fama de ser avaro, brusco y celoso, pero era rico, y lo que los pobres estiman y ambicionan más es la riqueza. Cuando Rafael dió cuenta á su hija de esta inesperada proposición, Estéfana no dijo nada; únicamente á la noche, cuando nos levantamos del banco donde habíamos estado sentados, y volvimos á la casa, me dijo:

—Benvenuto; Gismondo Gaddi ha pedido mi mano, y mi padre se la ha concedido.

Sin añadir una sola palabra se separó de mí y yo me puse en pie como impulsado por un resorte. Luego, sobrecogido por yo no sé qué terror, eché á correr y salí de Florencia, caminando toda la noche por el campo. A veces corría como un insensato; á veces me dejaba caer sobre la hierba, y lloraba desesperadamente, mientras acudían á mi imaginación mis locos pensamientos.

—¡Ella, Estéfana, la mujer de Gismondo!—pensaba cuando ya algo más tranquilo traté de coordinar mis ideas.

Esto, que me hace estremecer, la asusta á ella también seguramente, y como ella preferiría ser mi esposa, al darme la noticia ha hecho un llamamiento á mi amistad. ¡Eso es! ha tratado de desesperar mis celos. ¡Sí! Estoy celoso, furiosamente celoso; pero ¿tengo el derecho de estarlo? Gaddi es sombrío y violento, pero debo ser justo para conmigo mismo. ¿Qué mujer sería feliz casándose conmigo? ¿No soy brutal, caprichoso, pendenciero y fácil de enamorar? ¿Sabría dominarme? De seguro que no. Mientras siga corriendo la sangre hirviendo por mis venas, tendré

siempre la mano en el pomo del puñal, y estaré fugitivo de casa á todas horas. ¡Pobre Estéfana! Yo la haría llorar y padecer; yo la vería pálida y desmejorada, y se lo reprocharía, como para castigarla, por ser, respecto á mí, un reproche viviente. A consecuencia de mi conducta se moriría la pobre, y sería yo el único culpable de su muerte. No; no he nacido para las alegrías puras y tranquilas de la familia. Necesito libertad, espacio, vivir en continua tormenta, y no en la paz y en la monotonía de la dicha. En mis torpes manos destrozaría esa flor delicada, sin darme cuenta de ello. Torturaría su alma adorable con mi conducta, y mi propia existencia, mi propio corazón, con el remordimiento. Pero ¿será ella más feliz casándose con Gismondo Gaddi? ¿Por qué le acepta por esposo? ¡Vivíamos tan bien! Después de todo, Estéfana no ignora que la suerte y el temperamento de un artista no se acomodan bien á los lazos duros y estrechos de las necesidades de un hogar. Tendría que despedirme de todos mis ensueños de gloria, abdicar el porvenir de mi nombre, renunciar al arte, que vive de libertad y de poder. ¿Qué puede hacer un creador encerrado en un rincón del hogar doméstico? Decidme, ¡oh! Dante Alighieri, ¡oh! mi maestro Miguel Angel, ¿no os daría risa ver á vuestro discípulo amenazando á sus pequeñuelos ó pidiendo perdón á su mujer? Debo ser animoso por mí y generoso por ella; debo quedarme solo y triste en mi ensueño y para mi destino.

Ya veis, hijos míos, que no me finjo mejor de lo que era. En mi resolución había algo de egoísmo, pero había también muy viva y muy sincera ternura hacia Estéfana, y mi delirio parecía ser razonable.

Al día siguiente volví muy tranquilo al taller. Estéfana parecía también más tranquila, pero estaba más pálida que de costumbre. Transcurrió un mes. Una noche me dijo ella, al separarse de mí:

—Benvenuto; dentro de ocho días seré esposa de Gismondo Gaddi.

Como no se fué en seguida, tuve tiempo de mirarla. Estaba de pie, melancólica, con la mano apoyada en el corazón, y vencida por la pena. Su sonrisa era tan triste, que daba ganas de llorar. Me contemplaba con expresión dolorida, pero no de reproche. Aquel ángel mío, á punto de abandonar la tierra, parecía despedirse de mí. Permaneció así, inmóvil y callada, un minuto, y entró en la casa.

Ya no debía volverla á ver yo en este mundo. También esta vez salí de la ciudad, con la cabeza descubierta y corriendo como un loco; pero no volví al día siguiente ni al otro; seguí andando hasta llegar á Roma.

En Roma estuve cinco años, y allí comencé mi reputación. Conseguí la amistad del Papa; tuve desafíos, amores, éxitos artísticos; pero nada me satisfacía; siempre me faltaba algo. Durante aquella tormentosa vida, no dejé un solo día de volver mis ojos hacia Florencia, ni dormí

una sola noche sin ver en sueños á mi pálida y triste Estéfana, de pie en el umbral de la casa de su padre, y mirándome.

Al cabo de cinco años recibí de Florencia una carta de luto. La he leído y vuelto á leer tantas veces, que me la sé de memoria. Decía así:

«Benvenuto, voy á morir; Benvenuto, yo os amaba. Voy á deciros cuáles han sido mis ensueños. Os conocía tan bien, como vos mismo podéis conocerlos; presentí la potencia creadora que poseéis y que os hará célebre. Vuestro genio, que yo descubrí leyendo en vuestros ojos y en vuestros ademanes apasionados, imponía grandes obligaciones á la que hubiera de ser vuestra esposa. Yo las aceptaba todas. La felicidad era para mí solemne como una misión divina. Yo no hubiera sido vuestra mujer, Benvenuto, sino vuestra amiga, vuestra hermana, vuestra madre. Yo sabía que vuestra existencia debía pertenecer á todos, y sólo me hubiera reservado el derecho de consolaros en vuestras penas y de aconsejaros en vuestras dudas. Hubieseis sido libre, amigo mío, á todas horas y en todas partes. Ya estaba yo acostumbrada hacía mucho tiempo á todas las exigencias de vuestro temperamento, á todos los caprichos de vuestra alma, amante de las tempestades. Toda naturaleza potente tiene potentes necesidades. Cuanto más tiempo se ha cernido el águila en los aires, más necesita descansar sobre la tierra. Pero cuando terminarais los febriles ensueños del dormir de vuestro genio, y despertarais á la vida real, volveríais á ser mi sublime Benvenuto, el que yo amo, el que me pertenecería á mí sola. Yo no os reprocharía las horas de olvido, por estar convencida de que no tenía nada de ofensivo para mí, y sabiendo que sois celoso, como todo corazón noble y como el Dios de la Escritura, cuando estuvierais ausente yo permanecería lejos de las miradas de todo el mundo, en la soledad que amo, esperándoos y rezando por vos. Esta hubiese sido mi vida.

»Al ver que me abandonabais, sumisa á la voluntad de Dios y á la vuestra, cerré los ojos y puse en manos del deber mi suerte; mi padre me ordenaba un matrimonio que había de salvarle de la deshonra, y he obedecido. Mi esposo ha sido cruel, severo, desapiadado; no se ha conformado con mi docilidad; exigía un amor superior á mis fuerzas, y me castigaba brutalmente por mis involuntarias penas. Me he resignado, y creo haber sido una esposa digna y pura, aunque muy triste siempre, Benvenuto. Dios, sin embargo, me ha recompensado en este mundo dándome un hijo, cuyos besos me han evitado durante cuatro años la impresión de los ultrajes, de los golpes y de la miseria á que he estado condenada. La miseria, sí, pues mi marido se arruinó por haber querido ganar demasiado, y á consecuencia de su ruina se murió el mes pasado. ¡Dios le perdona como le perdono yo!

»Voy á morir hoy mismo, quizá dentro de una hora. Mis sufrimientos acumulados me matan. Os confío mi hijo, Benvenuto.

«Tal vez esto es lo mejor que puede ocurrir. ¡Quién sabe si mi debilidad de mujer hubiese sido suficiente para desempeñar el papel que me había impuesto respecto á vos! El, mi Ascanio (se me parece mucho), será el más fuerte y el más resignado de los compañeros de vuestra vida. Os querrá mejor, si no más que yo. No tengo celos de él.

»Adiós, amigo mío; os amaba y os amo, lo repito sin vergüenza y sin remordimiento, á las puertas de la eternidad, porque mi amor es santo. Adiós, sed grande, yo voy á ser feliz; levanta alguna vez los ojos al cielo para que yo os vea.

»Vuestra ESTÉFANA.»

—Y ahora, Colomba, Ascanio, ¿tendréis confianza en mí? ¿Haréis lo que yo os aconseje?

Los dos jóvenes respondieron con un solo grito.

#### XXIV

##### VISITAS DOMICILIARIAS

A la mañana siguiente del día en que había sido referida la presente historia en los jardines del palacete de Nesle, á la luz de las estrellas, ofrecía el taller de Benvenuto su aspecto acostumbrado: el maestro trabajaba en el salero de oro, cuya primera materia había defendido tan valerosamente contra los cuatro pícaros que quisieron arrebatarla, quitándole además la vida; Ascanio cincelaba el lirio de la duquesa de Etames; Santiago Aubry, perezosamente tumbado en una silla, dirigía á Cellini mil preguntas, que no obtenían contestación, obligando al curial á contestarse á sí mismo; Pagolo miraba disimuladamente á Catalina, que trabajaba en una labor propia de su sexo; Hermann y los demás obreros limaban, martillaban, soldaban y cincelaban, y los cánticos de Scozzone animaban con sus notas alegres aquel concierto de actividades.

El palacete no estaba tan tranquilo como el palacio, ni mucho menos. Colomba había desaparecido, y todo estaba alborotado por esta causa; la buscaban, la llamaban á voces; la señora Perrine daba agudos gritos; el preboste, á quien se había mandado buscar apresuradamente, procuraba descubrir entre los gritos de la buena mujer, algún indicio que le pusiera sobre las huellas de la ausente, y probablemente de la fugitiva.

—Vamos á ver, señora Perrine: ¿decís que la visteis por última vez anoche, momentos después de marcharme yo?—preguntaba Roberto de Estourville.

—¡Ay, sí, señor! ¡Qué desgracia, Dios mío! La pobre niña estaba algo triste y fué á quitarse todos sus perifollos de corte para ponerse un traje blanco sencillo... ¡Compadecednos, santos del Paraíso! Luego me dijo: «Señora Perrine, la noche está muy hermosa y voy á dar un paseo por el jardín.» Serían poco más de las

siete. Esta señora que veis aquí—añadió la dueña designando á Pulqueria, la sirvienta que habían tomado para ayudarla, ó mejor dicho, para vigilarla—, se había recogido ya en su cuarto, tal vez para preparar sus hermosos trajes que tan bien sabe hacer, y yo me senté á coser en la salita baja. No sé cuánto tiempo estuve trabajando; tal vez mis pobres ojos se rindieron al sueño sin que yo pudiera evitarlo, y me quedé algo traspuesta...

—Según vuestra costumbre—dijo agriamente Pulqueria.

—El caso es—continuó la señora Perrine, como si no hubiese oído nada ó no se dignase tomar en cuenta la interrupción, que ella calificaba de calumnia mezquina—, que á eso de las diez me levanté de mi asiento y fui al jardín, á ver si Colomba estaba en él todavía. La llamé y no me contestó nadie; creí que se hubiera retirado á sus habitaciones, acostándose sin llamarme, como otras muchas veces... ¡Misericordia divina! ¡Quién podía pensar!... ¡Ah, señor preboste! Puedo aseguraros que no se ha ido siguiendo á un amante, sino arrebatada por un raptor. Yo la había educado en los principios de la más severa moralidad...

—¿Y esta mañana?—exclamó el preboste con impaciencia.—¿Y esta mañana?

—Esta mañana, cuando he visto que no bajaba... ¡Virgen Santa, socórrenos!

—¡Vayan al diablo vuestras letanías!—interrumpió el preboste.—Contádmelo todo sencillamente y sin jermiadas. ¿Qué pasó esta mañana?

—¡Ah, señor preboste! No podéis prohibirme que llore hasta que la encontremos... Esta mañana, señor, intranquila porque no la veía (¡era tan madrugadora!), fui á llamar á su puerta para despertarla, y viendo que no me contestaba, abrí. No había nadie. Ni siquiera estaba deshecha la cama. Entonces grité, llamé, perdí la cabeza... ¡y no queréis que llore!...

—Señora Perrine—dijo severamente el preboste—, ¿habéis dejado entrar aquí á alguien en mi ausencia?

—¿Aquí? ¿Entrar alguien aquí? ¡Qué disparate!—contestó, dando señales de estupefacción la dueña, que sentía remordimientos de conciencia.—¿Acaso no me lo teníais prohibido? ¿Acaso me he permitido alguna vez desobedecer vuestros mandatos? ¡Alguien aquí! ¡Hubiera querido verlo!

—Ese Benvenuto, por ejemplo, á quien le parecía mi hija tan bella, ¿no habrá intentado sobornaros?

—¡Callad, por Dios! Lo mismo hubiese sido que quisiera escalar la luna. Yo hubiera sabido recibirle como era debido. Os lo aseguro.

—¿De modo que no habéis dejado entrar aquí á ningún hombre, á ningún joven?

—¿Un joven? ¡Bondad del cielo! ¡Un joven! ¿Por qué no decís al diablo?

—Entonces—interrumpió Pulqueria—, ¿quién es ese guapo mozo que ha venido á llamar á la puerta diez veces desde que estoy aquí, y á

quien he dado con la puerta en las narices las diez veces?

—¿Un guapo mozo? ¡Tenéis telarañas en los ojos! ¡A menos que habléis del conde de Orbec!... ¡Ah, ya sé! Os referís tal vez á Ascanio; ¿sabéis, señor? Ascanio, aquel muchacho que os salvó la vida... Sí, es verdad; le di á componer las hebillas de mis zapatos. ¡Pero decir que es un guapo mozo ese aprendiz! Debéis poneros gafas, amiga mía. Y estas paredes dirán si le han visto nunca aquí dentro.

—¡Basta!—exclamó el preboste—. Si habéis burlado mi confianza, si me habéis engañado, señora Perrine, juro que os costará caro. Voy á ver á Benvenuto; Dios sabe cómo me recibirá ese villano; pero necesito verle.

A pesar de estos temores, el orfebre recibió muy afablemente á Estourville, que al ver su sangre fría, su tranquilidad y sus buenos modos, no se atrevió siquiera á hablar de sus sospechas. Sólo dijo que su hija había recibido tontamente un gran susto la víspera; había huido impulsada por un terror pánico, y tal vez, sin que el mismo Benvenuto lo supiera, se hubiese refugiado en el palacio de Nesle, ó acaso, al atravesarlo para irse á otra parte, se habría desmayado. En una palabra, el preboste mintió con la mayor torpeza imaginable.

Pero Cellini aceptó como buenos todos sus embustes y sus pretextos, y tuvo la amabilidad de aparentar que no advertía el engaño. Hizo más: compadeció al preboste con toda su alma, asegurándole que se consideraría dichoso si podía devolverle aquella hija á quien Estourville había rodeado siempre de una ternura y un cariño tan dignos y tan conmovedores. A creer en sus suposiciones, la fugitiva había padecido una tremenda equivocación, y no podía por menos de volver á casa, donde la esperaba una protección tan tranquilizadora y tan amante. Por lo demás, como demostración de la sinceridad, del interés que le inspiraba Roberto de Estourville, se ponía á su disposición para secundarle en todas sus pesquisas, no sólo en el palacio de Nesle, sino fuera del palacio.

Casi convencido el preboste, y emocionado por aquellos elogios que en lo íntimo de su corazón sabía muy bien que no eran merecidos, empezó, en compañía de Benvenuto Cellini, á realizar una investigación escrupulosa en su antigua posesión de Nesle, de la cual conocía todos los rincones y escondrijos. No dejó, pues, una puerta sin abrir, ni un arriero por escudriñar, ni una alacena que no mirara como al descuido. Inspeccionado el palacio palmo á palmo, salió al jardín y recorrió el arsenal, la fundición, el granero, las cuadras, y lo examinó todo minuciosamente. Durante esta investigación, Benvenuto, consecuente con su amabilidad del primer momento, le ayudó lo mejor que pudo, entregándole ú ofreciéndole todas las llaves oportunamente; indicándole tal pasadizo ó tal gabinete, que Estourville fingía olvidar. Por último, manifestando el temor de que la fugitiva, si se encontraba en el palacio, pudiera burlar las pesquisas pasando de

una habitación á otra, le propuso que dejara de centinela en cada una de ellas á uno de los hombres que le acompañaban.

Después de haber húsmeado por todas partes, al cabo de dos horas de inútiles investigaciones, Roberto de Estourville, convencido de que lo había registrado todo, salió del palacio de Nesle, dando á Benvenuto muy expresivas gracias y pidiendo perdón por las molestias que le había producido.

—Podéis volver siempre que gustéis, y si necesitáis repetir la requisa, tendréis mi casa abierta á todas horas, como si fuese vuestra; esto, por otra parte, sería ejercitar un derecho, porque para algo hemos firmado un convenio comprometiéndonos á vivir en buenas relaciones.

El preboste volvió á dar las gracias á Benvenuto, y como no sabía de qué modo corresponder á su galantería, elogió calurosamente al salir la gigantesca estatua de Marte, que Cellini, según hemos dicho, estaba haciendo. El escultor le hizo dar un paseo en torno de la estatua, cuyas asombrosas proporciones le hizo notar: tenía más de sesenta pies de altura y más de veinte de circunferencia en su base.

Reíróse Estourville completamente desolado y convencido, puesto que no había encontrado á su hija en el palacio, de que la fugitiva había buscado asilo en la ciudad. Pero ya entonces la ciudad era lo bastante grande para que el mismo jefe de policía tropezara con serias dificultades para dar con una persona escondida. Por otra parte, ¿la habrían robado ó habría huido? ¿Era víctima de una violencia extraña ó había cedido á su propio impulso? Ninguna circunstancia conocida podía sacar al preboste de esta incertidumbre. Confió en que, en el primer caso, su hija lograría escaparse, y en el segundo, volvería voluntariamente á su casa. Esperó, pues, con bastante paciencia, aunque preguntando veinte veces durante el día á la señora Perrine, que se pasaba las horas invocando á todos los santos de la corte celestial, y jurando que no había dejado entrar á nadie en el palacete. Cierta es que ni ella ni Roberto de Estourville sospecharon una sola vez de Ascanio.

Aquel día y el siguiente pasaron sin que hubiese noticias de Colomba. El preboste puso en campaña á toda su gente, cosa que no había querido hacer antes, para no propalar el suceso en que tan interesada estaba su reputación. Al encargar que buscaran á su hija, Estourville dió sus señas, pero no su nombre, y las pesquisas fueron hechas bajo un pretexto muy distinto de la realidad. Aunque no prescindió de ningún género de informaciones, sus pesquisas fueron eficaces.

Nunca había sido para su hija un padre cariñoso y tierno, y aunque no se desesperaba, su orgullo padecía, y pensaba con indignación en el buen partido que iba á perder la tontuela de su hija, y en las burlas con que la Corte iba á recibir la noticia de su desventura.

Tuvo, por fin, que confesar esta desventura

al prometido de Colomba. El conde de Orbec la sintió del mismo modo que puede sentir un comerciante los daños sufridos por sus mercancías, pero nada más. El conde era filósofo, y prometió á su digno amigo que si el suceso no se divulgaba, la boda no dejaría de celebrarse. Luego, como era hombre que sabía aprovechar las ocasiones, utilizó la circunstancia para deslizar al oído del preboste algunas noticias del plan de la duquesa de Etampes referente á Colomba.

El preboste se quedó deslumbrado al enterarse del «honor» que hubiera podido recibir, y esto aumentó su sentimiento y maldijo á la ingrata, que rehuía un porvenir tan noble y tan brillante.

Hacemos gracia á nuestros lectores de la conversación á que dió lugar entre ambos cortesanos esta confidencia de Orbec, y nos contentaremos con decir que el dolor y la esperanza de ambos adquirieron caracteres extrañamente conmovedores. Y como la desgracia reúne á los hombres, el suegro y el yerno, al despedirse, estaban más unidos que nunca, y ni uno ni otro se decidían á renunciar al espléndido porvenir que habían creído entrever.

Convinieron en guardar secreto para todo el mundo el acontecimiento; pero la duquesa de Etampes era una amiga demasiado íntima de ambos, y una cómplice demasiado interesada en sus asuntos para que no la enteraran del secreto.

Fué acertada esta reflexión, pues la duquesa tomó el asunto más á pechos que el padre y el marido futuro, y como es sabido, la duquesa era mujer capaz de dirigir con éxito las pesquisas del preboste, y darle indicaciones preciosas.

En efecto, ella estaba enterada del amor de Ascanio hacia Colomba; ella había hecho que el joven asistiera, por decirlo así, á toda su conspiración. Viendo en peligro la honra de la mujer amada, tal vez se hubiera decidido el joven á realizar un acto de desesperación; pero Ascanio había dicho á la duquesa que Colomba no le amaba, y era lógico que, no amándole, no se hubiera prestado la muchacha á sus proyectos. La duquesa conocía demasiado bien á Ascanio, de quien había sospechado en el primer instante, y estaba segura de que él no tenía el atrevimiento indispensable para desafiar el desprecio y la resistencia de su amada; pero no obstante todas estas reflexiones, y aunque á sus ojos no había probabilidad alguna de que Ascanio fuera culpable, su instinto de mujer celosa la decía que era en el palacio de Nesle donde había de buscar á Colomba, y era Ascanio el primero que había que poner á buen recaudo.

Pero la duquesa de Etampes no podía decir á sus amigos en qué fundaba su convicción, porque le hubiera sido preciso confesar que amaba á Ascanio, y que en la imprudencia de su pasión le había confiado todos sus planes referentes á Colomba. Se limitó á asegurarles que se equivocaría grandemente si no era Benvenuto el culpable, Ascanio el cómplice y el palacio de Nesle el asilo. El preboste se esforzó en vano; jurando

que lo había registrado todo minuciosamente; ella no se dejó convencer, y se obstinó de tal modo en sostener su criterio, que acabó por infundir sospechas al preboste, que, sin embargo, estaba seguro de haber buscado bien á su hija.

—Además—añadió la duquesa—, yo llamaré á Ascanio, le interrogaré, y veremos. Estad tranquilos.

—¡Oh, señora! Sois demasiado buena—dijo el preboste.

—¡Y vosotros demasiado tontos!—murmuró la duquesa entre dientes. Y los despidió.

Dióse á pensar en los medios de llamar á Ascanio, y aún no se había decidido por ninguno, cuando la anunciaron la visita del joven. Se anticipaba á los deseos de la duquesa. Estaba tranquilo y sereno.

La duquesa le envolvió en una mirada tan penetrante, que parecía como si quisiera leer hasta en el fondo de su corazón; pero Ascanio aparentó que no lo había notado.

—Señora—dijo haciendo una reverencia—, vengo á enseñaros el lirio, que está casi terminado. Sólo le falta la gota de rocío de doscientos mil escudos que habéis prometido facilitarme.

—¿Y tu Colomba?—dijo la duquesa por toda respuesta.

—Si es de la señorita de Estourville de quien queréis hablarme, señora—replicó gravemente Ascanio—, os suplicaré de rodillas que no volváis á pronunciar su nombre ante mí. Sí, señora, os lo ruego humildemente y con el mayor empeño: que no vuelva á aparecer entre nosotros ese asunto de conversación, ¡por favor!

—¡Ah, ah! ¿Estáis despechado?—preguntó Ana, que no había dejado de mirar á su interlocutor.

—Sea el que quiera el sentimiento que me anime, y aunque incurra en vuestro desagrado, me atreveré á rehusar en adelante toda conversación acerca de ese asunto. Me he jurado á mí mismo que todo lo que se relacionara con ese recuerdo quedaría muerto y enterrado en mi corazón.

—¿Me habré equivocado?—pensó la duquesa—. ¿Si no tendrá Ascanio nada que ver en el asunto? ¿Será capaz Colomba de haberse ido de grado ó por fuerza con cualquier otro raptor, y perdida por los proyectos de mi ambición habrá favorecido con su fuga los intereses de mi amor?

Después de hacer estas reflexiones mentalmente, añadió en voz alta:

—Ascanio, me rogáis que no os hable más de ella; pero ¿me consentiréis, al menos, que os hable de mí? Ya veis que accedo á vuestra súplica y que no insisto, pero ¿quién sabe si el segundo asunto de conversación que os propongo no será para vos más desagradable que el primero! ¿Quién sabe!..

—Perdonadme que os interrumpa, señora. La bondad con que me concedéis la gracia que os he pedido me anima á implorar otra. Aunque pertenezco á una familia noble, no soy más que un pobre joven modesto, educado en la hu-

mildad de un taller de orfebre. Desde aquel claustro artístico me he visto transportado á una esfera brillante, mezclado al destino de los imperios, teniendo, á pesar de mi insignificancia, poderosos señores por enemigos, un rey por rival ¡y qué rey! Francisco I, es decir, uno de los más poderosos príncipes de la cristiandad. De pronto me he codeado con los más esplendorosos nombres y los más ilustres porvenires; he amado sin esperanza, y he sido amado sin que yo correspondiera. ¡Y quién me amaba, gran Dios! ¿Vos, una de las más bellas, una de las más nobles damas del mundo! Todo esto me ha confundido, me ha anonadado, me ha puesto fuera de mí, señora.

Estoy asustado, como un enano que se despertara rodeado de gigantes; ya no acierto á precisar una idea ni me doy cuenta de mis sentimientos. Estoy como perdido entre todos esos terribles odios, entre todos esos amores implacables, entre todas esas ambiciones gloriosas. Dejadme respirar, señora, os lo suplico; permitid al naufrago que vuelva en sí, al convaleciente que respire y recobre sus fuerzas, y el tiempo, yo lo espero, lo pondrá todo en orden, lo mismo en mi alma que en mi vida. Dadme tiempo, señora; dadme tiempo, y no veáis hoy en mí más que el artista que viene á preguntaros si el lirio que ha cincelado para vos es de vuestro gusto.

La duquesa fijó en Ascanio una mirada de duda y de asombro; no hubiera creído que aquel joven, que aquel niño, pudiese hablar en aquel tono á la vez poético y severo; se sintió moralmente obligada á obedecerle, y sin hablar más que de su lirio, prodigó á Ascanio elogios y consejos y le prometió que haría todo lo posible para enviarle pronto el diamante que había de completar su obra. Ascanio la dió las gracias y se despidió de ella con todo género de manifestaciones de reconocimiento y de respeto.

—¿Es éste Ascanio?—pensaba la duquesa cuando se fué el joven—. Parece que ha envejecido diez años. ¿En qué consistirá esa gravedad imponente que he advertido en él? ¿En el sufrimiento? ¿En la felicidad? ¿Es sincero, ó está aconsejado por ese condenado Benvenuto? ¿Representa como un consumado artista un papel admirable, ó se deja arrastrar por sus propios impulsos?

Ana no pudo resistir más. El extraordinario vértigo que se apoderaba de todos los adversarios de Benvenuto, comenzaba á hacer presa en ella, á pesar del vigor de su espíritu. Apostó varios hombres para que espíasen á Ascanio y le siguieran siempre que saliese, pero no logró descubrir nada. Por último, llamó al preboste y á Orbec y les aconsejó, en el mismo tono con que otro cualquiera les hubiera dado una orden, que intentaran de improviso otro registro en el palacio de Nesle.

Obedecieron, pero aunque lograron sorprender á Benvenuto cuando estaba trabajando, fueron recibidos ambos con más amabilidad aún de lo que lo había sido el preboste la primera vez.